Introducción: Crisis y crítica

Sebastián Raza*

El presente número invita a reflexionar acerca de la relación teórica entre la crisis y la posibilidad de crítica. A partir de la crisis financiera de 2008, la literatura sociológica acerca de la crisis y sobre sus efectos sociales y políticos se ha multiplicado. En el trasfondo de estas reflexiones, opera – en muchos casos implícitamente – la noción de crítica como hilo conductor. En otras palabras, se podría decir que un grueso de estos análisis liga, al menos de forma tangencial, la crisis con la (im)posibilidad de la crítica.

Así, por ejemplo, John B. Thompson (2012), a pesar de no mencionar la idea de crítica ni una sola vez a lo largo de su texto, afirma que la ‘metamorfosis de la crisis’ – es decir, la transmutación de una crisis económica en una crisis social, o el desplazamiento de una crisis sistémica al mundo de la vida – es un proceso mediante el cual estas dejan de tener el carácter de eventos incomprensibles para los agentes ordinarios en la medida en que se traducen en efectos negativos reales y tangibles en la vida cotidiana que amenazan con perturbar la reproducción de sus prácticas sociales e identidades y que provocan sentimientos de injusticia e indignación. Por tanto, ‘esta no aparece más como un problema técnico y abstracto que puede ser solucionado por banqueros y tecnócratas [...] de formas que tienen poco sentido para los agentes ordinarios. Ahora es un problema político y social que afecta directamente en tu vida’ y, por tanto, ‘así como esta crisis es ahora tanto una crisis social como financiera y política, su futuro está en manos de los agentes ordinarios y en la forma en que ellos responden a los sacrificios que se les demanda’ (Thompson, 2012: 78-79, 80). Se podría poner el argumento de Thompson en otro lenguaje: al tomar la forma de crisis social, las crisis económicas dejan de ser un simple problema técnico que puede ser arreglado por los llamados expertos y se abre una avenida de posibilidad a la crítica como práctica social contestataria, concreta y efectiva.

* Sebastián Raza es MA en Sociología por la Universidad de Warwick y actualmente se desempeña como Profesor en la Universidad de las Américas, Ecuador.

De modo análogo, autores como Cardoso y Jacobetty (2012), así como Conill et al. (2012), se han enfocado en analizar la emergencia de prácticas sociales alternativas y prácticas contestatarias para afrontar las consecuencias negativas de las crisis en la vida de los agentes sociales ordinarios. Estos estudios se han inspirado fuertemente en la idea de ‘sociedad red’ desarrollada por Manuel Castells. De esta forma, más que una discusión teórica de la relación entre crisis y prácticas críticas, estos autores atribuyen la posibilidad de prácticas alternativas y contestatarias a la ‘cultura de redes’, ‘cultura de pertenencia’ y ‘cultura de autonomía’ que se desarrollaron antes de la crisis gracias a la diseminación y la experimentación cotidiana de tecnologías digitales. En este sentido, Conill et al. (2012: 213) afirman que debido a estas nuevas culturas fomentadas por la sociedad red se desarrollan ‘prácticas conscientes orientadas a una economía de valor de uso’ y emergen formas novedosas y anticapitalistas de organización de la vida social en distintas esferas como la producción, consumo, educación, comercio, etc. Cardoso y Jacobetty (2012), por su parte, explican la emergencia de prácticas políticas contestatarias, como los *Indignados*, *Anonymous*, *WikiLeaks*, a partir de los cambios introducidos por la ‘cultura de pertenencia en red’ y los *new media* en la interacción social y la formación de la identidad, así como la consecuente reestructuración de creencias y valores de los ciudadanos de una sociedad red global. El mismo Castells (2015) ha explicado las formas de expresión política de ‘indignación’ y ‘esperanza’ de los movimientos sociales postcrisis como prácticas contestatarias novedosas (‘movimientos asamblearios sin líderes’, ‘revoluciones rizomáticas’, ‘movimientos en red’) cuya única condición de posibilidad son las nuevas formas de auto-entendimiento (cultura de la autonomía) y de distribución de la información (espacios de flujo y espacios de lugares) facilitadas por la sociedad red.

No obstante, junto a estos análisis que celebran la posibilidad de prácticas críticas es posible encontrar un grueso de literatura en el que sus autores, quizá motivados más por un deseo de denuncia, se han apresurado en afirmar la imposibilidad empírica de la crítica sin antes analizar teóricamente a profundidad sus condiciones de posibilidad y las consecuencias de su imposibilidad. Sin afán de presentar una clasificación completa de los análisis que apuntan en esta dirección, se los podría catalogar según lo que consideran central en clausurar las posibilidades de crítica: la *discursividad de la crisis*, el ejercicio del poder estatal o las condiciones ideales del capitalismo contemporáneo.

En el primer grupo, podemos encontrar autores como Roitman (2014) y Banet-Weiser (2012). En ambos análisis, la preocupación central es la narratividad de la crisis en la medida en que esto privilegia ciertas soluciones y cierra la posibilidad de otras alternativas políticas. Roitman (2014), en particular, se pregunta cómo las crisis se construyen narrativamente en objetos de conocimiento y, por tanto, en objetos de intervención política. Así, el deber de la crítica sería cuestionar lo que podríamos llamar la epistemología de la crisis que imposibilita el desarrollo de las prácticas sociales críticas y contestatarias. Por su parte, el análisis de Banet-Weiser (2012: 123) se enfoca específicamente en la narratividad de las crisis que emerge de la cultura del branding en tanto práctica neoliberal general que ‘se centra en la figura del individuo emprendedor y no en las fallas del sistema capitalista’. Esta narrativa, según la autora, impide que se ponga en entredicho o se cuestione el sistema capitalista, mientras que fomenta la idea del individuo que debe cuidarse de sí mismo, asumir riesgos y tomar la crisis como una oportunidad.

En el segundo grupo, destaca el trabajo de William Davies (2014: 151-191) en el que se analiza cómo el espacio abierto para la crítica por la crisis se desvanece debido al entrelazamiento de Estado y Mercado en el neoliberalismo, formando así un Estado Neoliberal cuya tendencia característica es la protección y diseminación de mecanismos de mercado en todas esferas de lo social. Cuando estos fallan, el Estado interviene de tal modo que ‘previene que su fracaso sea públicamente manifiesto’. En sus palabras, ‘las crisis históricas o los cambios de paradigmas amenazan con evaluar a los evaluadores a través de periodos de incertidumbre política y crítica radical. La crisis financiera pudo haber representado tal momento de juicio en el que la racionalidad económica dominante se abría a la crítica. Esto no ocurrió gracias al entrelazamiento contradictorio de la economía y la soberanía estatal que constituye el neoliberalismo [...] La racionalidad económica basada únicamente en el mercado no es simplemente una lógica evaluativa entre otras, lista para ser descartada una vez que falla: se la elevó al estatus de una norma estatal cuasi-constitucional’ (Davies, 2014: 187).

Por último, en el tercer grupo es posible encontrar a autores como Philip Mirowski (2013), Samuel Burgum (2018) y Slavoj Žižek (2009). Para este último, el factor que explica la clausura de la posibilidad de crítica luego de la crisis del 2008 es el ‘modo fetichista de funcionamiento

de la ideología capitalista' que es lo que determina 'tanto la crisis como nuestras percepciones y reacciones ante ella' (Zizek, 2009). Para Zizek, este modo de funcionamiento ideológico conduce a que se imponga una percepción de la crisis como causada no por fallas inherentes al sistema capitalista, sino por desviaciones secundarias y contingentes, bloqueando así la formación de la crítica, y reafirmando con más convicción y violencia las premisas básicas de la ideología dominante. Mirowski (2013: 89-156), por su parte, atribuye la imposibilidad de la crítica a la 'cotidianidad neoliberal': un ensamble de actitudes y prácticas que configuran la vida según principios de mercado del cual emergen 'sujetos neoliberales' que poseen un 'yo fragmentado', que son eminentemente flexibles y que reafirman principios neoliberales. En su análisis de los movimientos sociales postcrisis, Mirowski (2013: 326-334) argumenta que estos, desde sus inicios, están plagados de 'sentimientos neoliberales' y se desarrollan de tal modo que 'todas sus tendencias neoliberales incipientes fueron amplificadas y estimuladas, mientras que sus intentos nacientes de organización, capaces de desafiar al Colectivo de Pensamiento Neoliberal, fueron destruidos' (Mirowski, 2013: 327, 329). Burgum (2018) desarrolla esta línea de ideas mostrando, luego de hacer una inmersión etnográfica en *Occupy London*, que los preceptos neoliberales de individualismo y libertarianismo que operan como 'sentido común' generan desorganización, inconsistencia simbólica y limitan las capacidades de los actores ordinarios para crear formas efectivas de resistencia y crítica. En general, para estos autores no es la acción de los políticos, economistas o el Estado lo que bloquea la formación de la criticidad, sino lo que se podría llamar como un 'ethos neoliberal' que opera en la cotidianidad de los agentes ordinarios.

En este contexto, el presente número de Theorein, intitulado *Crisis y Crítica*, busca aportar con elementos teóricos para comprender las condiciones de (im)posibilidad de prácticas críticas, las consecuencias de su (im)posibilidad, la relación entre crisis y crítica, etc. Así, el número abre con *Desconocimiento sistemático y la Práctica de la Crítica: Bourdieu, Boltanski y el rol de la Teoría Crítica* de Robin Celikates. En este artículo, el autor opone el modelo de ciencia social crítica de Pierre Bourdieu y el de sociología de la crítica de Luc Boltanski, y anota que un punto intermedio e integrador, por así decirlo, sería afirmar la hipótesis de que ciertas condiciones sociales bloquean las capacidades reflexivas de los actores, y obstaculizan la formación y el desarrollo de prácticas de crítica y justificación en el mundo real.

Para comprender estas limitaciones y los límites de la criticidad ordinaria, por así llamarlas, Celikates recurre al pensamiento de Axel Honneth y afirma que defender que los actores ordinarios producen crítica y justificación à la Boltanski no debe de ningún modo llevarnos a afirmar que toda la criticidad necesaria ya forma parte de la cotidianidad, puesto que pueden existir relaciones sociales de desconocimiento y desprecio que bloquean la formación y el ejercicio de las capacidades reflexivas de los actores. Celikates afirma que estas son ‘patologías de segundo orden’ que producen un ‘déficit estructural de reflexividad’ en la medida en que situaciones que deberían ser consideradas problemáticas desde el punto de vista del participante no son reconocidas o experimentadas como tales.

En este sentido, concluye Celikates, el rol de una teoría crítica debería ser no solo detectar y analizar dichas relaciones sociales que producen ‘patologías de segundo orden’ y deforman la auto-comprensión de los actores ordinarios, sino también mostrar a los actores en cuestión, mediante una re-descripción o explicación teórica, que una situación debe ser considerada inaceptable desde su punto de vista, evitando la ‘trampa de la incapacitación’ que es inherente a modelos de ciencia social crítica como el de Bourdieu. Las ideas de Celikates plantean un desafío serio a quienes denuncian o festejan la (im)posibilidad de la crítica en la medida en que exige que se hagan explícitas las formas en que las condiciones sociales facilitan o bloquean *efectiva y concretamente* la formación y el desarrollo de prácticas críticas.

Por su parte, en su artículo, Mauro Basaure se sumerge en el ‘epicentro de la política’ al afirmar que existe una suerte de desarrollo débil en lo que llama el ‘eje político sociológico’ de la teoría de las luchas por el reconocimiento de Axel Honneth. Esto, para el autor, genera una suerte de dualismo en la obra de Honneth, pues, si bien para explicar la motivación de la acción política se recurre a una sociología moral, al momento de hablar de los modos de articulación política y de la construcción de colectivos antagonistas se rechaza de plano cualquier referencia a la dimensión moral normativa de la acción social colectiva. Basaure se sirve de ideas de Luc Boltanski y Laurent Thévenot acerca de las precondiciones pragmático- y gramático-morales de la acción política y la admisibilidad de la crítica para solventar los déficits que detecta relacionados al rechazo de la dimensión moral de la acción colectiva que se encuentra en la obra de Honneth. Al integrar esta dimensión moral

a la sociología política, Basaure abre un campo de investigación muy interesante: no solo acerca de las precondiciones morales concernientes a modos de coordinación de acciones y de convergencia política, sino también de consecuencias morales de los aparentes fracasos o éxitos de dichas articulaciones.

En este sentido, Basaure plantea, a modo de hipótesis, que el fracaso de la articulación política de historias de sufrimiento *social* genera una suerte de sufrimiento *político* que empeoraría el sufrimiento social inicial, mientras que el éxito en su articulación alivianaría dicho sufrimiento. En otras palabras, el sufrimiento social inarticulado políticamente o no reconocido públicamente se transfiguraría en sufrimiento político, cuya especificidad estaría tanto en sus causas como en sus consecuencias: se trata de un tipo particular de sufrimiento moral que emerge del fracaso performativo de la crítica, de la ‘crueldad’ que puede ejercer la normatividad implícita del mundo público sobre los sujetos, y que acrecentaría, según Basaure, las posibilidades de desarrollar una actitud paranoica. Estas reflexiones del autor nos harían notar que a la literatura que versa sobre la imposibilidad de la crítica le falta un capítulo fundamental acerca de las consecuencias *morales* de dicha imposibilidad que, al fin y al cabo, tienen repercusiones *políticas*.

En su artículo, Rodrigo Cordero analiza, basándose en Marx y Foucault, la relación entre crisis y política de la verdad para demostrar las posibilidades y límites de la crítica social. De este modo, las crisis se entienden como sitios de producción de verdad acerca de lo social que permiten reprogramar la sociedad. De hecho, Cordero empieza su artículo afirmando la capacidad disruptiva de las crisis en relación al sentido común y a la verdad establecida, en tanto problematiza cuestiones que no estaban tematizadas previamente. Al mismo tiempo, dicha problematización descriptiva de lo social no puede ser separada de la cuestión normativa que deriva de dichas descripciones. Así, la crisis se convierte en un espacio para la intervención y reprogramación normativa.

Sin embargo, advierte Cordero, la relación entre crisis y verdad no es lineal ni determinista: las crisis muchas veces, en lugar de abrir la posibilidad para una política de la verdad radical, se transforman en momentos para la clausura ideológica del significado y para la reproducción de formas de dominación, especialmente cuando los actores sociales se refugian en la autoridad del pasado o en las promesas

de futuro que dicho pasado ofrecía, o cuando la crisis se estabiliza como la condición normal del capitalismo contemporáneo. La crisis, entonces, debe ser entendida como un espacio de lucha acerca de la verdad de lo social.

Puesto en otro registro teórico, se podría decir que Cordero advierte sobre la tendencia al ‘sesgo realista’ de los actores ordinarios que, más que desarrollar una crítica radical, encendería un deseo de ‘volver a la normalidad’ que nos haría pensar – a nosotros, los teóricos sociales – en la necesidad de adoptar una posición de modestia en relación a la crítica, pues el desafío consiste en problematizar el sentido mismo de la crisis para revelar posibilidades no descritas que las respuestas a las crisis dejan en el olvido.

Por su parte, en su artículo, Aldo Mascareño propone incorporar los avances de la teoría de las transiciones críticas a la teoría de sistemas sociales, a fin de identificar los mecanismos generadores de crisis sociales. De allí que, a diferencia de Luhmann, quien solamente identificaba a la crisis como una autodescripción negativa de la sociedad moderna que mueve a la acción, Mascareño actualiza la teoría de sistemas e identifica mecanismos para comprender la generación de crisis, a los cuales denomina transiciones críticas.

En este marco, existen tres grandes lecciones para la teoría de sistemas: (i) que, a mayor complejidad y diferenciación en la sociedad moderna, mayores probabilidades de que la autopoiesis de cada sistema conduzca a su colapso, (ii) que la crítica de los actores ordinarios puede ser un dispositivo que anuncia las crisis y (iii) que la compleja interrelación entre tecnología, naturaleza y sociedad invita a repensar estos planteamientos en el marco de las crisis sociales. Si de lecturas estimulantes se trata, sin duda el artículo de Mascareño inquieta e invita a seguir teorizando sobre la crisis.

Por último, Filipe Campello, luego de reconstruir el debate entre Fraser y Honneth, analiza en su artículo las aporías de las articulaciones de las experiencias subjetivas y de su transfiguración en crítica social. En líneas generales, se podría decir que lo que preocupa a Campello son las ambigüedades y limitaciones de la criticidad existente en el mundo de la vida y, por tanto, su artículo bien podría entenderse como una crítica a la criticidad, a la forma en que se (de)forma en su devenir social. Para desarrollar esta crítica, Campello busca desarrollar una crítica de los

afectos y su gramática social para mostrar los límites y las ambigüedades en el procedimiento en el cual se da la articulación de sentimientos y experiencias subjetivas. El artículo de Campello plantea el desafío de hacer explícitas, al momento de analizar demandas políticas y prácticas críticas o contestatarias, las formas en que la criticidad inmanente puede no articular de manera adecuada los sentimientos de injusticia y las experiencias subjetivas de sufrimiento de los actores sociales involucrados.

En suma, este número de Theorein invita a pensar teóricamente acerca de algunos de los problemas asociados a la formación de la crítica en tanto práctica social, así como también acerca de la relación entre crisis y crítica. Los artículos aquí presentados no ofrecen una respuesta definitiva a esos problemas espinosos: su mérito, como el de todo quehacer teórico, reside en abrir nuevas líneas de investigación empírica y en plantear el desafío de seguir profundizando en otras direcciones algunas líneas existentes.

Referencias

- Baner-Weiser, S. (2012) Branding the Crisis. En: Castells, C. et al. (eds) *Aftermath. The Cultures of Economic Crisis*. Oxford: Oxford University Press: 107-131.
- Burgum, S. (2018) *Occupying London: Post-Crash Resistance and the Limits of Possibility*. Abingdon: Routledge.
- Cardoso, G. & Jacobetty, P. (2012) Surfing the Crisis: Cultures of Belonging and Networked Social Change. En: Castells, C. et al. (eds) *Aftermath. The Cultures of Economic Crisis*. Oxford: Oxford University Press: 177-209.
- Castells, M. (2015) *Networks of Outrage and Hope. Social Movements in the Internet Age*. Cambridge: Polity.
- Conill, J. et al. (2012) Beyond the Crisis: The Emergence of Alternative Economic Practices. En: Castells, C. et al. (eds) *Aftermath. The Cultures of Economic Crisis*. Oxford: Oxford University Press: 210-250.
- Davies, W. (2014). *The Limits of Neoliberalism: Authority, Sovereignty and the Logic of Competition*. London: SAGE Publications.
- Mirowski, P. (2013). *Never let a serious crisis go to waste*. London: Verso.
- Thompson, J. (2012) Metamorphosis of a Crisis. En: Castells, C. et al. (eds) *Aftermath. The Cultures of Economic Crisis*. Oxford: Oxford University Press: 59-81.
- Roitman, J. (2014) *Anti-Crisis*. London: Duke University Press.
- Zizek, S. (2009). *First as tragedy, then as farce*. London: Verso.